

Caballeros de Colón presenta
La Serie Luke E. Hart
Elementos Básicos de la Fe Católica

EL SEXTO Y NOVENO MANDAMIENTOS: MORALIDAD SEXUAL

TERCERA PARTE • SECCIÓN OCHO DE
CRISTIANISMO CATÓLICO

¿Qué cree un católico?
¿Cómo rinde culto un católico?
¿Cómo vive un católico?

Basado en el
Catecismo de la Iglesia Católica

por
Peter Kreeft

Editor General
Padre Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director de Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nil obstat: (provisto para el texto en inglés)
Reverend Alfred McBride, O.Praem.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)
Bernard Cardinal Law
19 de diciembre de 2000

El *Nil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o cuadernillo está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1997, United States Catholic Conference, Inc.- Librería Editrice Vaticana.

Para la versión en español, se usan con autorización los textos de la *Biblia de Jerusalén, Nueva edición revisada y aumentada* © 1998, Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao, España.

Para esta versión en español, los textos del Concilio Vaticano están tomados de Documentos Completos del Vaticano II, derechos reservados © Editorial: El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, España.

Portada: © Comstock Inc., 1999

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus
P.O. Box 1971
New Haven, CT 06521
cis@kofc.org
203-752-4267
203-752-4018 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

UNA PALABRA SOBRE ESTA SERIE

Este folleto es uno de una serie de 30 que ofrece una expresión familiar de elementos principales del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El Papa Juan Pablo II, bajo cuya autoridad se publicó el *Catecismo* en 1992, instó a que se prepararan versiones de esta naturaleza para que cada pueblo y cada cultura puedan apropiarse de su contenido como si fuera suyo.

Los folletos no sustituyen el *Catecismo*, pero se ofrecen sólo para hacer más accesible su contenido. La serie es a veces poética, familiar, festiva e imaginativa; en todo momento busca ser fiel a la fe. A continuación los títulos de nuestra serie.

Parte I: Lo que los católicos creen (Teología)

Sección 1: Fe

Sección 2: Dios

Sección 3: Creación

Sección 4: La persona humana

Sección 5: Jesucristo

Sección 6: El Espíritu Santo

Sección 7: La Santa Iglesia Católica

Sección 8: El perdón de los pecados

Sección 9: La resurrección del cuerpo

Sección 10: La vida eterna

Parte II: Cómo rezan los católicos (Culto)

Sección 1: Introducción a la liturgia católica

Sección 2: Introducción a los sacramentos

Sección 3: Bautismo y confirmación

- Sección 4: La Eucaristía
- Sección 5: Penitencia
- Sección 6: Matrimonio
- Sección 7: Orden y Unción de los enfermos
- Sección 8: Oración
- Sección 9: El Padre Nuestro
- Sección 10: María

Parte III: Cómo viven los católicos (Moralidad)

- Sección 1: La esencia de la moralidad católica
- Sección 2: La naturaleza humana como base de la moralidad
- Sección 3: Algunos principios fundamentales de moralidad católica
- Sección 4: Virtudes y vicios
- Sección 5: Los Tres Primeros Mandamientos: Deberes hacia Dios
- Sección 6: El Cuarto Mandamiento: Moralidad familiar y social
- Sección 7: El Quinto Mandamiento: Temas morales sobre la vida y la muerte
- Sección 8: El Sexto y Noveno Mandamientos: Moralidad sexual
- Sección 9: El Séptimo y Décimo Mandamientos: Moralidad económica y política
- Sección 10: El Octavo Mandamiento: La verdad

TERCERA PARTE: CÓMO VIVEN LOS CATÓLICOS (MORALIDAD)

SECCIÓN 8: LA MORAL SEXUAL

EL SEXTO MANDAMIENTO: NO COMETERÁS ALDULTERIO

EL NOVENO MANDAMIENTO: NO DESEARÁS LA MUJER DE TU PRÓJIMO

1. La situación contemporánea

Según lo admite ella misma, lo que nuestra época encuentra más inaceptable de la sabiduría perenne de la Iglesia es su moral sexual. Casi cualquier cuestión que encienda la controversia entre los “disidentes” — tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella — y las enseñanzas tradicionales de la Iglesia hoy trata sobre moral sexual: fornicación (sexo fuera del matrimonio), anticoncepción, homosexualidad, divorcio, y, lo más radical de todo, el aborto. Porque el aborto también es un asunto sexual, puesto que se reivindica como una forma de respaldo del control natal, y el control natal es la reivindicación del sexo sin bebé.

La Iglesia siempre ha compartido la santa impopularidad de su Amo. Pero antes de la “revolución sexual” su

impopularidad (la de ella y la de Él) nunca se había centrado casi exclusivamente en el sexo.

En todas las épocas y culturas, el hombre caído nunca ha sido muy bueno para obedecer cualquiera de los mandamientos de Dios. El hombre siempre ha fallado cuando se trata de practicar lo que predica. Pero hoy niega la palabra, el ideal en sí.

Pero sólo cuando se trata del sexo. Una muestra representativa de filmes populares y de programas de televisión revelará que todavía se asume que la mayoría de las otras áreas de la moral tradicional constituyen ideales adecuados y alcanzables. Pero cuando se trata de la moral sexual tradicional, casi siempre se asume que no es ni saludable ni alcanzable, y por lo general se representa a la Iglesia como obsesionada con la moral sexual.

Esta obsesión con el sexo no es de la Iglesia, sino del mundo, aunque el mundo la suele proyectar en la Iglesia, que lo critica. En la moral sexual existe mucho más que el simple “no”, la moral de la Iglesia contiene mucho más que moral sexual, y la Iglesia enseña mucho más que sólo moral. Esta serie está dividida en 30 Secciones, y esta Sección sobre moral sexual es sólo una de las 30.

Cada época tiene una perspectiva diferente. Resulta increíble para la mayoría de las mentes modernas que la Iglesia universal estuviera a punto de sufrir un cisma mundial respecto a la fecha correcta para celebrar la Pascua, en el siglo IV, y que sí haya sufrido un cisma por la polémica sobre si el Espíritu Santo proviene sólo del Padre, o del Padre y el Hijo, en el siglo XI, y sobre la relación entre la fe y las obras, en el siglo XVI. Todos nuestros antepasados católicos, fueran del siglo IV, XI o XVI, estarían muy sorprendidos por

nuestra preocupación con la moral sexual, como nosotros lo estamos con las prioridades tan diferentes que ellos tenían.

No debemos esperar que las enseñanzas de la Iglesia coincidan con “la sabiduría del mundo” (1 Co 1, 20) en cualquier época o cultura, porque sus enseñanzas no provienen de este mundo sino del cielo, no del hombre sino de Dios. El hombre se ha salido del camino que Dios le ha trazado - “pecado” significa separación de Dios - por lo que el camino de Dios siempre le ha parecido al hombre caído “piedra de tropiezo y roca de escándalo” (1 P 2, 8), así como también Cristo se lo pareció.

Era de esperarse. G.K. Chesterton dijo: “Nosotros realmente no queremos una religión que tenga razón cuando nosotros tenemos razón. Lo que nosotros queremos es una religión que tenga razón cuando nosotros estamos equivocados...”

2) *La necesidad de la moral sexual*

Tres cosas necesitamos - santidad, felicidad y salud - porque vivimos en tres niveles: espíritu, alma y cuerpo; nuestras relaciones con Dios, con nosotros mismos y con otros, y con el mundo material.

Vivir conforme a las leyes de Dios nos hace santos, felices y saludables. Violarlas nos hace profanos, infelices, y enfermizos. Esto es tan cierto del sexo como de cualquier otra cosa.

Primero el pecado sexual es *pecado*, y nos separa de Dios.

Segundo, puesto que Dios nos ama y quiere nuestra felicidad, desobedecer el plan que tiene para nosotros necesariamente nos traerá infelicidad. Las estadísticas

mundanas confirman esta lógica celestial: cada uno de los pecados que adulteran el amor sexual trae consigo un catálogo de miserias. Por ejemplo, el divorcio, que es el suicidio de la “una sola carne” creada por el matrimonio. El divorcio significa la destrucción de la base indispensable de la sociedad, la familia, e inevitablemente estampará en la sociedad en general las mismas marcas que dejado en sus víctimas inmediatas, millones de niños: un espíritu duro, cínico, la muerte de la seguridad, de la confianza, de la fe en las personas y las promesas, y en la aventura del amor abnegado.

Tercero, el pecado sexual conlleva obvios efectos radicales sobre la salud: la epidemia de enfermedades sexualmente transmitidas que ahora afectan a más de la mitad de todas las personas sexualmente activas, el temor al sida, y la creciente tasa de infertilidad. Pero el efecto físico más notable de la “revolución sexual” es la muerte. El número de las víctimas humanas en una sola generación del holocausto del aborto en la mayoría de las naciones occidentales ya sobrepasa ampliamente el de las víctimas de todas las guerras de su historia.

Ya es hora de dirigir nuestra atención a la alternativa de Dios.

3. La necesidad del “cuadro completo”: algunos principios básicos

Las controversias tienden a darnos una estrechez de visión. Por lo general se resuelven con sólo retroceder un poco para ampliar nuestra perspectiva, especialmente para examinar las bases. Las bases de la moral sexual católica incluyen:

- Dios como creador y diseñador de la sexualidad;

- la centralidad del amor (la naturaleza misma de Dios) y la necesidad de “ hacer bien eso” sobre todo lo demás;
- la santidad de la materia, el cuerpo, la procreación, y el amor sexual como una imagen del amor divino;
- a primacía de la familia;
- la Iglesia como la extensión de Cristo, y su autoridad magisterial como una extensión la suya;
- el propósito intrínseco del sexo divinamente diseñado como pro-creador de personas nuevas para la familia de Dios;
- y sobre todo, el sexo como signo de la bondad de la vida. Cada bebé concebido es un signo de que Dios no ha dejado del hombre. No es un mero producto de una naturaleza automática, sino un acto deliberado de Dios. Dios crea un alma cuando nosotros creamos un cuerpo. Él no se siente forzado a hacerlo; decide hacerlo.

4. La sexualidad no es meramente física

“La *sexualidad* abraza todos los aspectos de la persona humana en la unidad de su cuerpo y de su alma” (C 2332). No es meramente biológica, como lo es en los animales, como tampoco comer y beber son sólo funciones biológicas, como en los animales. Nuestra identidad sexual se extiende a nuestra alma, a nuestra personalidad, a nuestro espíritu. Existe en efecto una “*mente* femenina” y una “*mente* masculina”, así como sucede en el cuerpo, puesto que somos una “unidad psicosomática” (unidad del alma y cuerpo). El pensar en el alma y la mente como si no fueran masculinas ni femeninas equivale a separar artificialmente el cuerpo y el alma, como

lo hacían los antiguos agnósticos; es lo mismo que pensar en el alma como un “fantasma asexual en una máquina” en vez de la vida y “forma *del cuerpo*”, y pensar que la masculinidad y feminidad son algo meramente biológico, animal.

5. *Complementariedad*

No por mero accidente “los polos opuestos se atraen”, sexualmente al igual que electromagnéticamente. Hay tanto “*diferencia y la complementariedad*” (C 2333) entre los sexos. Los hombres y las mujeres son diferentes, por naturaleza y designio divino, no sólo por convencionalismos de la sociedad. Estas diferencias están diseñadas para la unión: cada uno es para el otro. Dios juzgó que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2, 18), puesto que Dios mismo no está solo, sino que es una sociedad trina.

“Cada uno de los dos sexos es, con una dignidad igual, aunque de manera distinta, imagen del poder y de la ternura de Dios” (C 2335). Por naturaleza el poder es más obvio en el hombre, la ternura en la mujer; aun así un hombre completo es también tierno y una mujer completa es también poderosa.

6. *La sexualidad como una imagen de Dios*

Tan pronto como la Escritura menciona “la imagen de Dios”, menciona la sexualidad: “Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, varón y mujer los creó” (Gn 1, 27). La sexualidad es una imagen de Dios al ser un reflejo de la Trinidad: así como Dios es uno y a la vez tres, los esposos son dos y a la vez uno. Las *relaciones* “llegan hasta arriba” a la divinidad.

Más específicamente, las relaciones de *familia* “llegan hasta arriba”. Ascendemos de un nivel del misterio – complementariedad biológica y psicológica – a otro – la familia humana como la “*iglesia doméstica*”³ (C 2204) – a uno más – la Iglesia como la “familia de Dios” –, hasta que alcancemos el misterio más alto y santo de todos, la naturaleza de la Realidad Final, la naturaleza de Dios; y encontremos que también es una familia, la “familia divina” de la Trinidad. Todo es el mismo misterio, en diferentes niveles.

La Iglesia ve el misterio de la sexualidad en este contexto más amplio. Nosotros, con frecuencia, no. Esa es la razón más profunda por la que su sabiduría contradice la nuestra.

7. El matrimonio personaliza la sexualidad

“La sexualidad, en la que se expresa la pertenencia del hombre al mundo corporal y biológico, se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el [1] don [2] mutuo [3] total y [4] temporalmente ilimitado [5] del hombre y de la mujer” (C 2337) – los cinco ingredientes esenciales en un matrimonio. El matrimonio es una entrega completa de su propio cuerpo físico y su voluntad espiritual. Los amantes experimentan su más profunda emoción al descubrir esta intimidad: realmente pueden dar lo mejor de sí el uno al otro, no sólo el tiempo, las posesiones, el trabajo, la buena voluntad y los placeres.

La relación sexual efectúa esta entrega de la forma más íntima y completa. Porque se trata de una relación sexual de personas en su totalidad, no meramente de cuerpos animales. “La sexualidad, mediante la cual el hombre y la mujer se dan el uno al otro con los actos propios y exclusivos

de los esposos, no es algo puramente biológico, sino que afecta al núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal...¹⁰⁰ (C 2361). Es por eso que “ ‘[l]os actos con los que los esposos se unen íntima... son honestos y dignos, y, realizados de modo verdaderamente humano, significan y fomentan la recíproca donación...’¹⁰¹” (C 2362). Nótese la similitud sorprendente de la fórmula de la Iglesia para el sacramento: un signo que en sí efectúa o promueve lo que significa.

8. *La relación entre el sexo y el matrimonio*

La enseñanza de la Iglesia sobre la relación entre el sexo y el matrimonio es muy sencilla y muy clara. Es la misma que la del judaísmo ortodoxo y el islam, y nunca ha cambiado. “El acto sexual debe tener lugar exclusivamente en el matrimonio; fuera de éste constituye siempre un pecado grave y excluye de la comunión sacramental” (C 2390) hasta que la persona se arrepienta y sea perdonada en una confesión sacramental.

9. *Castidad*

La palabra que se refiere a toda la virtud sexual en oposición a todos los vicios sexuales es “castidad”. No significa lo mismo que *abstinencia* (abstenerse de relaciones sexuales), porque la castidad incluye buenas relaciones sexuales entre esposos. Significa *pureza*: sexo puro, sexo no adulterado, sexo correcto, no sexo desviado.

Puesto que todos tenemos la tentación del “sexo desviado”, la castidad requiere *autocontrol*, dominio de sí. Esto no es “represión” o “esclavitud”; de hecho, es en sí el camino a la libertad. “La castidad implica un *aprendizaje del dominio de sí*, que es una pedagogía de la libertad humana. La alternativa es clara: o el hombre controla sus pasiones y

obtiene la paz, o se deja dominar por ellas y se hace desgraciado.⁸⁵ ‘La dignidad del hombre requiere, en efecto que actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa...’⁸⁶ (C 2339).

La castidad es también una forma de *caridad*. “La caridad es la forma [esencia] de todas las virtudes. Bajo su influencia, la castidad aparece como una escuela de donación de la persona” (C 2346) o “entrega de sí” - la esencia misma de la caridad.

10. La castidad requiere la ayuda de la sociedad

“La castidad representa una tarea eminentemente personal; [pero] implica también un *esfuerzo cultural*, pues ‘el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la sociedad misma están mutuamente condicionados’⁹⁰ (C 2344). Una buena sociedad no puede provenir de ninguna otra fuente que las buenas personas; y uno de los factores más fuertes que contribuyen a hacer buenas personas, a su vez, es una sociedad buena. Si una sociedad buena es una “sociedad que facilita el ser bueno” (Peter Maurin), entonces la sociedad occidental moderna no es una buena sociedad, especialmente respecto a la castidad.

11. Pecados contra la castidad

El *Catecismo* enumera seis pecados contra la castidad: 1) la lujuria, 2) la masturbación, 3) la fornicación, 4) la pornografía, 5) la prostitución, y 6) la violación.

- 1) “La *lujuria* un deseo... desordenados del placer... sexual...es moralmente desordenado cuando es

buscado por sí mismo, separado de las finalidades de procreación y de unión” (C 2351).

La lujuria no significa placer sexual como tal, ni el deleite que de él se deriva, ni su deseo en el contexto correcto. A diferencia de lo que piensa el mundo, la Iglesia enseña que el placer sexual es bueno, no malo. Porque Dios inventó el sexo y su placer. “El Creador... estableció que en esta función (de generación) los esposos experimentasen un placer y una satisfacción del cuerpo y del espíritu...”¹⁰²” (C 2362). Es natural y correcto que un gran placer acompañe grandes cosas, y el acto sexual humano es una gran cosa debido a sus dos grandes propósitos esenciales: 1) unir al hombre y a la mujer en “una sola carne”, cuerpo y alma, en una entrega mutua, y 2) procrear nuevas personas que llevan la propia imagen de Dios y existirán para siempre; es lo más cerca que llega el hombre a compartir el propio poder creador de Dios.

La esencia del sexo, como cualquier cosa diseñada inteligentemente, se encuentra en su propósito. La lujuria, como cualquier pecado, tiene que entenderse en este contexto. La lujuria divorcia dos cosas que Dios diseñó para que estuvieran unidas, puesto que busca el placer *aparte de* ese propósito.

Ningún pensamiento o sentimiento espontáneos puede ser pecado hasta que la voluntad lo desee o lo consienta. Los pensamientos y sentimientos de excitación sexual no son lujuria; lujuria es desear los pensamientos y sentimientos sólo por el placer, sin los propósitos de la unión matrimonial (entrega y procreación).

- 2) “Por *masturbación* se ha de entender la excitación voluntaria de los órganos genitales a fin de obtener un placer venéreo. “Tanto el Magisterio [autoridad

didáctica] de la Iglesia, de acuerdo con una tradición constante, como el sentido moral de los fieles, han afirmado sin ninguna duda que la masturbación es un acto intrínseca y gravemente desordenado.' 'El uso deliberado de la facultad sexual fuera de las relaciones conyugales normales contradice a su finalidad, sea cual fuere el motivo que lo determine'⁹⁶..." (C 2352). La masturbación es un mal por la misma razón que la lujuria es un mal, y agrega el acto físico al acto mental:

"Así, el goce sexual es buscado aquí al margen de 'la relación sexual...' que realiza el sentido íntegro de la mutua entrega y de la procreación humana..⁹⁶" (C 2352).

Sin embargo, "[p]ara emitir un juicio justo acerca de la responsabilidad moral... ha de tenerse en cuenta la inmadurez afectiva, la fuerza de los hábitos contraídos, el estado de angustia u otros factores psíquicos o sociales..." (C 2352).

Este pecado, como la lujuria, es muy común y, en ese sentido, "natural". Pero eso no lo hace correcto o inocente, así como el hecho de que el egoísmo es común tampoco lo convierte en algo inocente. La "ley natural" no se deriva de la observación de la forma en que la gente se suele comportar, sino de la forma en que se debe cumplir y respetar naturaleza humana.

- 3) "La *fornicación* es la unión carnal entre un hombre y una mujer fuera del matrimonio. Es gravemente contraria a la dignidad de las personas y de la sexualidad humana, naturalmente ordenada al bien de los esposos, así como a la generación y educación

de los hijos” (C 2353). El *adulterio* es aún más grave, porque por lo menos una de las partes está casada con otra persona (ver párrafo 16).

(Dicho sea de paso, el uso de las palabras “grave” y “dignidad” no indica una actitud solemne o carente de sentido del humor. El buen sexo puede ser sanamente divertido. Más bien, “dignidad” significa “grandeza o elevado honor”; y “grave” significa “mucho, que no debe tomarse a la ligera”).

- 4) “La *pornografía* consiste en dar a conocer actos sexuales, reales o simulados, fuera de la intimidad de los protagonistas, exhibiéndolos ante terceras personas... [D]esnaturaliza la finalidad del acto sexual... Es una falta grave. Las autoridades civiles deben impedir la producción y la distribución de material pornográfico” (C 2354).
- 5) “La *prostitución* atenta contra la dignidad de la persona que se prostituye, puesto que queda reducida al placer venéreo que se saca de ella... La prostitución constituye una lacra social. Habitualmente afecta a las mujeres, pero también a los hombres, los niños y los adolescentes (en estos dos últimos casos el pecado entraña también un escándalo). Es siempre gravemente pecaminoso dedicarse a la prostitución, pero la miseria, el chantaje, y la presión social pueden atenuar la imputabilidad de la falta” (C 2355).
- 6) “La *violación* es forzar o agredir con violencia la intimidad sexual de una persona... La violación lesiona profundamente el derecho de cada uno al respeto, a la libertad, a la integridad física y moral. Produce un daño grave que puede marcar a la

víctima para toda la vida. Es siempre un acto intrínsecamente malo. Más grave todavía es la violación cometida por parte de los padres (cf incesto) o de educadores con los niños que les están confiados” (2356).

12. Homosexualidad

“La *homosexualidad* designa las relaciones [sexuales] entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante hacia, personas del mismo sexo. Reviste formas muy variadas a través de los siglos y las culturas. Su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado. Apoyándose en la Sagrada Escritura que los presenta como depravaciones graves,⁹⁸ la Tradición ha declarado siempre que ‘los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados’.⁹⁹ Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual [es decir, niegan el designio divino de darse al otro que conlleva la sexualidad]. No pueden recibir aprobación en ningún caso” (C 2357).

No hay duda, ni indefinición ni cambio alguno en la enseñanza de la Iglesia respecto a la naturaleza objetivamente pecaminosa de los actos homosexuales. Sin embargo, un mejor conocimiento de la psicología y la biología nos exige que seamos menos rígidos al juzgar la culpabilidad subjetiva de las personas homosexuales. “Esta inclinación, objetivamente desordenada, constituye para la mayoría de ellos una auténtica prueba. Deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta” (C 2358).

También es necesario marcar una diferencia muy clara entre los *deseos* homosexuales o una “orientación homosexual”, y los *actos* homosexuales. Somos responsables de los actos que decidimos realizar, pero no de los deseos que experimentamos (a menos que libremente los deseemos o los consintamos). Los deseos homosexuales son *desordenados*, pero no son pecados.

“Las personas homosexuales están llamadas a la castidad” (C 2359) al igual que las personas heterosexuales. Necesitan la virtud del autocontrol para resistir la poderosa tentación de los placeres ilícitos, tal como sucede con las personas heterosexuales. Y pueden ser cristianos serios y hasta virtuosos, igual que los heterosexuales.

Sin embargo, debemos distinguir entre las personas que experimentan sentimientos homosexuales y las personas que optan por el estilo de vida homosexual (o “gay”). “Dignidad” (“Dignity”, en inglés) es una organización de “católicos gays” que justifican sus actos homosexuales y buscan que se cambie la enseñanza perenne de la Iglesia contra ellos. “Courage” es una organización de católicos homosexuales que se apoyan mutuamente en su esfuerzo sincero por vivir la castidad en fidelidad a Cristo y su Iglesia. La diferencia entre estos dos grupos representa la diferencia fundamental entre dos clases de moral (en cualquier asunto, no solo la homosexualidad): la primera trata de adaptar la enseñanza de la Iglesia de Cristo a los deseos del hombre caído y a estilos de vida pecaminosa; la segunda trata de adaptar la vida humana a las enseñanzas de la Iglesia de Cristo. El primer grupo trata a la Iglesia como su discípulo, el segundo como su maestro.

13. Control de la natalidad

Lo que se suele llamar “*control de la natalidad*” es realmente *prevención* de la natalidad. A esto, se opone la Iglesia. Esencialmente, la enseñanza de la Iglesia es 1) que el nacimiento es maravilloso y 2) que el control de la natalidad puede ser legítimo, pero 3) que la prevención de la natalidad (anticoncepción) no lo es. Cada punto deberá ser comprendido a la luz del que lo precede.

- 1) “La fecundidad es un don, un *fin del matrimonio*, pues el amor conyugal tiende naturalmente a ser fecundo. El niño no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos [o como un “¡accidente!”]; brota del corazón mismo de ese don recíproco, del que es fruto y cumplimiento” (C 2366).
- 2) Si se cumplen dos criterios, el control de la natalidad es legítimo: una intención subjetivamente buena y un medio, método o modo de regular los nacimientos objetivamente bueno. “Por razones justificadas, los esposos pueden querer espaciar los nacimientos de sus hijos. En este caso, deben cerciorarse de que su deseo no nace del egoísmo, sino que es conforme a la justa generosidad de una paternidad responsable. Por otra parte, ordenarán su comportamiento según los criterios objetivos de la moralidad.

‘El carácter moral de la conducta... no depende sólo de la sincera intención y la apreciación de los motivos, sino que debe determinarse a partir de criterios objetivos, tomados de la naturaleza de la persona y de sus actos...’¹¹²” (C 2368).

“[L]os métodos de regulación de nacimientos fundados en la autoobservación y el recurso a los períodos infecundos¹¹⁴ son conformes a los criterios objetivos de la moralidad. Estos métodos respetan el cuerpo de los esposos” (C 2370). La Planificación Familiar Natural (PFN) es uno de esos métodos. Es mucho más confiable que el antiguo “método del ritmo”, es tan efectivo como “la píldora”, y promueve entre los usuarios una intimidad y comunicación tan maravillosas que su tasa de divorcio es de 1 por ciento, en comparación con el del 50 por ciento del resto de la sociedad.

- 3) “[L]a Iglesia, que ‘está en favor de la vida,’¹⁰⁷ enseña que todo ‘acto matrimonial, en sí mismo, debe quedar abierto a la transmisión de la vida’¹⁰⁸” (C 2366). El hombre puede aprovechar los períodos estériles naturalmente diseñados por Dios, pero no puede tratar de rediseñar la fertilidad y cerrar la puerta a su fertilidad contra la venida de Dios. La anticoncepción es una “protección” contra *Dios*.

Porque toda concepción es un acto de Dios, no sólo de un hombre y una mujer. Nosotros únicamente *procreamos*; Dios *crea* una nueva alma inmortal en cada concepción. “[S]ea claro a todos que la vida de los hombres y la tarea de transmitirla no se limita sólo a este mundo y no se puede medir ni entender sólo por él, sino que mira siempre al destino eterno de los hombres”¹¹⁷” (C 2371). El acto sexual es como la consagración en la Eucaristía, y la anticoncepción es como decir las palabras de la consagración mientras se evita deliberadamente que suceda (p.ej. sin usar el pan). Lo que la anticoncepción evita deliberadamente no es un “accidente”, sino un acto de Dios.

“Esta doctrina, muchas veces expuesta por el Magisterio, está fundada sobre la inseparable conexión que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador”¹⁰⁹ (C 2366). El acto *significa* “Yo te doy mi ser enteramente, sin retener nada” y “así nosotros realizamos la pro-creación.” “El lenguaje de los cuerpo” tiene voz en el acto sexual, el cual en su propia esencia significa unión de mutua entrega y apertura a la procreación. La anticoncepción es mentir: decir una cosa con el cuerpo y lo opuesto con el instrumento de anticoncepción. El cuerpo dice: “Dejemos que haya nueva vida,” mientras el instrumento dice: “Hagamos que esta vida se evite”.

“Al lenguaje natural que expresa la recíproca donación total de los esposos, el anticoncepcionismo impone un lenguaje objetivamente contradictorio, es decir, el de no darse al otro totalmente: se produce no sólo el rechazo positivo de la apertura a la vida, sino también una falsificación de la verdad interior del amor conyugal, llamado a entregarse en plenitud personal...”¹¹⁶ (C 2370).

Aunque toda esta enseñanza no sea plenamente *comprendida* por nuestra razón, debe *creerse* por fe; porque el ser católico debe incluir creer algunas cosas por la autoridad de Dios, no por la nuestra. Ese es uno de los significados de “fe”. Aun si las encuestas reflejan que un alto porcentaje de católicos está de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia, en la creencia o en la práctica, en éste o en cualquier otro asunto, Dios no cambia de parecer y voluntad para adaptarse a las opiniones de las encuestas. Nosotros no

lo elegimos para que fuera Dios y no podemos votar para removerlo de su puesto.

14. Familias numerosas

Está bien que el tamaño de una familia sea decisión de los padres, y la regulación responsable de la natalidad por medios naturales es algo bueno. No todos pueden o deben tener muchos hijos. Sin embargo, “[l]a Sagrada Escritura y la práctica tradicional de la Iglesia ven en las *familias numerosas* como un signo de la bendición divina y de la generosidad de los padres¹⁹” (C 2373). Las familias numerosas son otro signo de la diferencia radical entre la perspectiva del Dios de la vida y la “cultura de la muerte”.

15. Los pecados contra la procreación

“Las técnicas que provocan una disociación de la paternidad por intervención de una persona extraña a los cónyuges (donación del espermatozoide o del óvulo, préstamo del útero) son gravemente deshonestas. Estas técnicas (inseminación y fecundación artificiales heterólogas) lesionan el derecho del niño a nacer de un padre y una madre conocidos de él y ligados entre sí por el matrimonio” (C 2376).

“Practicadas dentro de la pareja, estas técnicas (inseminación y fecundación artificiales homólogas) son quizá menos perjudiciales, pero no dejan de ser moralmente reprobables. Disocian el acto sexual del acto procreador. El acto fundador de la existencia del hijo ya no es un acto por el que dos personas se dan una a otra, sino que ‘confía la vida y la identidad del embrión al poder de los médicos y de los biólogos, e instaura un dominio de la técnica sobre el origen y sobre el destino de la persona humana. Una tal relación de

dominio en sí contraria a la dignidad e igualdad que debe ser común a padres e hijos¹²² (C 2377). La *procreación* se convierte en *manufactura*, y las personas (niños) se convierten en objetos.

16. Adulterio

El adulterio es gravemente inmoral por al menos tres razones.

- 1) “El adulterio es una injusticia. El que lo comete falta a sus compromisos...Quebranta el derecho del otro cónyuge...” (C 2381).
- 2) Daña el vínculo matrimonial y mina la institución del matrimonio.
- 3) “Compromete el bien... de los hijos, que necesitan la unión estable de los padres” (C 2381).

El adúltero peca contra su cónyuge, su sociedad y sus hijos al igual que contra su propio cuerpo y alma.

17. Divorcio

La Iglesia no puede permitir el divorcio como lo hacen casi todas las iglesias protestantes, porque no tiene la autoridad de contradecir a Cristo su Maestro (ver Mt 5, 31-32; 19, 3-9; Mc 10, 9; Lc 16, 18). “El Señor Jesús insiste en la intención original del Creador que quería un matrimonio indisoluble¹²⁸ y deroga la tolerancia [del divorcio] que se había introducido en la ley antigua [judía]¹²⁹” (C 2382). En fidelidad a su Maestro, la Iglesia enseña que “él matrimonio rato y consumado [entre dos cristianos bautizados] no puede ser disuelto por ningún poder humano ni por ninguna causa fuera de la muerte¹³⁰” (C 2382).

La prohibición del divorcio por parte de la Iglesia sólo se puede entender a la luz de su enseñanza sobre el matrimonio. El aspecto más importante de esta enseñanza, y la más difícil de entender y aceptar para muchos hoy, es que el matrimonio no es una invención humana. Tiene su propia esencia interna inmutable como todo lo demás en la naturaleza, por diseño de Dios.

Parte de su esencia es su indisolubilidad. Una vez que dos personas libremente crean un matrimonio y se convierten en “una sola carne”, éste no puede ser des-creado o disuelto “por ninguna causa fuera de la muerte”. Es como un niño. El terminarlo antes de la muerte simplemente no es una posibilidad que nos ofrezca la realidad objetiva. En otras palabras, el divorcio no sólo es *malo*, es una *ilusión*, una fantasía. El “una sola carne” es tan objetivamente real - y tan poco negociable - como lo es un rinoceronte. Podrá ser bueno o malo, feliz o triste, pero es real. Lo podemos disfrazar o ignorar, pero seguirá existiendo, aunque lo declaremos muerto por el divorcio. No depende de nuestra voluntad o de nuestro amor para seguir existiendo.

“El *divorcio* es una ofensa grave a la ley natural. Pretende romper el contrato, aceptado libremente por los esposos, de vivir juntos hasta la muerte” (C 2384). Este es el ejemplo por excelencia de la promesa incumplida, así como el matrimonio es el ejemplo por excelencia de la promesa cumplida, y la imagen humana por excelencia de la alianza de Dios con nosotros. Somos el pueblo de un Dios fiel, no de uno que rompe la fe.

“El hecho de contraer una nueva unión, aunque reconocida por la ley civil, aumenta la gravedad de la ruptura: el cónyuge casado de nuevo se halla entonces en situación de adulterio público y permanente” (C 2384).

No sería “compasivo” el que la Iglesia permitiera el divorcio. La Iglesia prohíbe el divorcio precisamente porque es compasiva y sabe que el divorcio “entraña daños graves: para el cónyuge, que se ve abandonado; para los hijos, traumatizados por la separación de los padres, y a menudo viviendo en tensión a causa de sus padres; por su efecto contagioso, que hace de él una verdadera plaga social” (C 2385). A los hijos de divorciados se les hace mucho más difícil tener matrimonios estables. El No de la Iglesia al divorcio proporciona a los católicos que se casan (y a sus hijos) un sentido de seguridad maravilloso. En una sociedad en la que la mitad de los matrimonios terminan en divorcio, la Iglesia misericordiosamente le cierra esa puerta a esa tragedia.

Al igual que su enseñanza sobre la anticoncepción, la enseñanza de la Iglesia sobre el divorcio es rechazada por muchos hoy en día, en la creencia y/o en la práctica, y constituye una prueba de fe; porque la fe cree que lo que Dios nos ha dicho es verdadero y bueno para nosotros porque está diseñado por el amor y la sabiduría de Dios, aunque no la entendamos. La fe permite que la revelación de Dios corrija e instruya nuestra mente humana falible y nuestra voluntad de hombres caídos, dándose cuenta que la sabiduría de Dios está obligada a contradecir la del hombre, a menos que el hombre y su cultura no hayan caído. El cristianismo católico es siempre en alguna forma contracultural. Por ejemplo, la prohibición de la poligamia por parte de la Iglesia es tan contracultural en África como lo es la prohibición del divorcio en los Estados Unidos. Cada cultura humana, como cada ser humano, tiene sus puntos ciegos. Una de las razones por las que Dios nos dio su Iglesia es para corregirnos e instruirnos.

Hay tres cosas que la Iglesia permite y que con frecuencia se confunden con el divorcio.

Una *separación* no es un divorcio y se justifica en casos extremos tales como la violencia doméstica.

Una *anulación* no es un divorcio. Es el descubrimiento de que nunca hubo un matrimonio válido, porque faltaba desde el principio uno de los ingredientes esenciales que componen un matrimonio válido. Aunque en la práctica se haya hecho un uso excesivo y abusivo de las anulaciones, especialmente en los Estados Unidos, permanecen válidas en principio, como las “indulgencias” (ver Parte II, Sección 5, párrafo 19).

Un *divorcio civil* tampoco es un divorcio reconocido por la Iglesia. Por tanto, “[s]i el divorcio civil representa la única manera posible de asegurar ciertos derechos legítimos, el cuidado de los hijos o la defensa del patrimonio, puede ser tolerado sin constituir una falta moral” (C 2383). Lo que el matrimonio significa para el Estado es muy diferente de lo que significa para la Iglesia.

18. El noveno mandamiento

El noveno mandamiento (No desearás la mujer de tu prójimo) añade una dimensión interna al sexto mandamiento (No cometerás adulterio), al igual que el décimo mandamiento (No codiciarás los bienes ajenos) añade una dimensión interna al séptimo mandamiento (No robarás). Ya en la ley del Antiguo Testamento Dios reveló que desea no sólo actos moralmente buenos sino también corazones moralmente buenos. Porque el Amor no se satisface sólo con obras externas.

19. El significado del “corazón”

El noveno mandamiento prohíbe un acto del *corazón* (desear la mujer del prójimo). El “corazón” es el término bíblico para el centro mismo del alma, así como el corazón físico es el centro y la fuente de la sangre vital en el cuerpo. El “corazón” es más profundo que las sensaciones, las emociones o los sentimientos. También es más profundo que el pensamiento, porque es la fuente de los pensamientos así como es la fuente de las sensaciones. Salomón advierte: “Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón, porque de él brotan las fuentes de la vida” (Pr 4, 23). “El corazón es la sede de la personalidad moral: ‘de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones...’ (Mt 15, 19); [así como los buenos pensamientos, la caridad, la pureza y el honor]. La lucha contra la concupiscencia de la carne pasa por la purificación del corazón...” (C 2517). Debemos comenzar con algo muy anterior a las acciones; debemos reducir “a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo” (2 Co 10, 5).

20. Concupiscencia

“Codiciar” la esposa o el esposo del prójimo es similar a desearla/lo con lujuria. Somos responsables de ello, porque decidimos hacerlo o no. No hay pecado donde no hay libre elección.

La *codicia* debe distinguirse de la concupiscencia, la cual no depende de nuestra libre elección sino de nuestra condición (así como el “pecado original” es nuestra condición y cada “pecado actual” es nuestra elección). “Concupiscencia” significa el “movimiento del apetito sensible que contraría la obra de la razón humana” (C 2515). A lo que la razón dice No, la concupiscencia dice Sí.

“Procede de la desobediencia del primer pecado²⁴². Desordena las facultades morales del hombre y, sin ser una falta en sí misma, le inclina a cometer pecados²⁴³” (C 2515). Nadie puede evitar la concupiscencia. Pero podemos evitar obedecerla y ser dominados por ella. Es como un albatros alrededor de nuestro cuello, pero no necesariamente tiene que ser nuestro amo.

21. “Cuerpo” vs. “carne”

“No se trata de discriminar o condenar el cuerpo²⁴⁴...” (C 2516); la Escritura condena “la *carne*” (*sarx*, *sakra*), no el *cuerpo* (*soma*). El cuerpo viene de la creación de Dios; la “carne” viene de la caída del hombre. “Las obras de la carne” nombradas en Gálatas 5, 19-21 incluyen pecados que no son del cuerpo como la idolatría, los celos y el egoísmo. Los elevados ideales de la moral sexual católica tienen su base precisamente en una elevada percepción del cuerpo como “un templo del Espíritu Santo” (1 Co 6, 19), no en una percepción baja.

22. Modestia

La castidad y la pureza son esencialmente iguales en todo momento y lugar. Deberán distinguirse de la *modestia* (evitar acciones, palabras y ropa sexualmente provocativa), la cual varía con la cultura. “Las formas que reviste el pudor varían de una cultura a otra. Sin embargo, en todas partes constituye la intuición de una dignidad espiritual propia al hombre [y a la sexualidad humana]” (C 2524). La modestia es una *ayuda* importante para la castidad.

23. *La recompensa de la castidad*

“La sexta bienaventuranza proclama: ‘Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.’ (Mt 5, 8). Los ‘corazones limpios’ designan a los que han ajustado su inteligencia y su voluntad a las exigencias de la santidad de Dios, principalmente en tres dominios: la caridad,²⁴⁶ la castidad o rectitud sexual,²⁴⁷ el amor de la verdadera y la ortodoxia de la fe²⁴⁸. Existe un vínculo entre la pureza del corazón, la del cuerpo y la de la fe...

[los fieles] ‘purifiquin su corazón, comprendan lo que creen’²⁴⁹” (C 2518).

“A los ‘limpios de corazón’ se les promete que verán a Dios cara a cara y que serán semejantes a El.²⁵⁰ La pureza de corazón es el preámbulo de la visión. Ya desde ahora esta pureza nos concede ver *según* Dios...” (C 2519). “El corazón tiene sus razones, que la razón no conoce” (Pascal): es el amante quien mejor entiende al amado, humano o divino. Por eso los santos son más sabios que los meros teólogos. Del amor puro surge la sabiduría pura.

24. *Algunas ayudas prácticas*

Hoy, como nunca antes, muchos sienten que estos dos mandamientos, a diferencia de los demás, son irreales: demasiado difíciles, o hasta imposibles para el hombre. Sin duda son difíciles pero no imposibles. No debe sorprendernos que la obediencia nos resulte difícil, puesto que cada alma humana caída es un campo de batalla entre el bien y el mal, entre el amor y sus imitaciones. Pero Dios no pide lo imposible. Los santos nos ofrecen algunas orientaciones prácticas, algunas armas de lucha espiritual para conquistar el pecado en cualquier área, especialmente

en el área del sexo, donde el hombre moderno parece necesitar más ayuda:

1. La humildad es el primer requisito. Debemos admitir que no podemos tener éxito por nosotros mismos. Debemos confesar, con San Pablo: “Bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne” (Rm 7, 18) pero también debemos confesar que “todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Flp 4, 13). Santo Tomás de Aquino dice que con frecuencia Dios nos niega la gracia y nos permite caer en pecados obvios para que podamos evitar caídas más calamitosas en el pecado del orgullo y la autosatisfacción, más sutil y más grave.
2. También debemos ser inflexibles sobre la verdad y exigir honestidad total con nosotros mismos, sin esconder o evadir la luz, por incómoda que sea (ver Parte III, Sección 10).
3. El sacramento de la reconciliación es nuestra arma más poderosa contra cualquier pecado. Satanás odia y teme este sacramento y la Eucaristía más que cualquier otra cosa en este mundo.
4. Podemos hacer algo, y no sólo esperar a que lleguen las tentaciones. Podemos pelear a la ofensiva, y no solo a la defensiva, en la guerra espiritual, y ser activos en vez de solo reactivos, con penitencias voluntarias, elegidas con alegría por amor al honor de Dios.
5. Debemos resolver darle *todo* a Dios, incluyendo nuestros primeros pensamientos (2 Co 10, 5). Porque “siembra un pensamiento, cosecha una acción; siembra una acción, cosecha un hábito, siembra un hábito, cosecha un carácter, siembra un

carácter, cosecha un destino”.

6. Santo Tomas de Aquino dice que “lo único lo suficientemente fuerte para combatir un mal deseo es un buen deseo aún más fuerte”. El amor, no el miedo o el odio, puede combatir la lujuria. El amor al Cielo, no el disgusto por la tierra, vence el amor desordenado de la tierra.
7. Cristo nos entregó a su Madre, la Santísima Virgen María, desde la Cruz (Jn 19, 26-27) como nuestra propia madre y modelo. Las imágenes de la santa maternidad pueden combatir las imágenes de impureza.
8. Recuerda que no hay “crímenes sin víctimas”, que cada vez que debilitas el alma hieres el Cuerpo de Cristo y cada uno de sus miembros, incluyendo a los que más amas.
9. Como en cualquier lucha larga y difícil, vive “día con día”, y paso a paso. El problema actual es el único que es real; deja que el mañana y el ayer se las arreglen solos.
10. Recuerda quién eres: Hijo de Dios, comprado con el precio de la sangre de Cristo, destinado al cielo. Actuamos según percibimos nuestra identidad. “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y ¿había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta?” (1 Co 6, 15).
11. Recuerda a dónde vas. “Mira hacia el final”. Son muy pocos los pecados que el hombre cometerá en su lecho de muerte. Pero estamos en nuestro lecho de muerte desde que nacemos.

12. Recuerda dónde estás: en un campo de batalla, no en una silla cómoda. Si eres cristiano, eres un guerrero espiritual.
13. Recuerda que la batalla es especialmente urgente hoy, cuando la Iglesia de Cristo enfrenta una “cultura de la muerte”.
14. Recuerda quién es el enemigo: “Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas” (Ef 6, 12).
15. Recuerda que el Bien es infinitamente más fuerte que el Mal. Recuerda que Satanás ha sido conquistado definitivamente y para siempre por lo que Cristo hizo por ti en la Cruz. *Allí* es donde debes refugiarte.

El aspecto más importante de todo el tema de la moral sexual es Jesucristo. Él es la Palabra (Mente) de Dios, quien diseñó el sexo; Él es Aquel cuyo amor dio su sangre como el precio de nuestro perdón por contravenir sus designios; y Él es Aquel que nos asegura, con sus últimas palabras en la tierra: “Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

Notas del Catecismo en el orden en que aparecen en Citas usadas en esta sección:

³ JUAN PABLO II, exh. ap. *Familiaris consortio*, 21, cf Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 11.

¹⁰⁰ JUAN PABLO II, exh. ap. *Familiaris consortio*, 11.

¹⁰¹ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 49, 2.

- 85 Cf *Si* 1, 22.
- 86 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 17.
- 90 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 25, 1.
- 102 PÍO XII, discurso del 29 octubre 1951.
- 96 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, decl. *Persona humana*, 9.
- 98 Cf *Gn* 19, 1-29; *Rm* 1, 24-27; 1 *Co* 6, 10; 1 *Tm* 1, 10.
- 99 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, decl. *Persona humana*, 8.
- 112 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 50, 2.
- 114 Cf Pablo VI, enc. *Humanae vitae*, 16.
- 107 JUAN PABLO II, exh. ap. *Familiaris consortio*, 30.
- 108 PABLO VI, enc. *Humanae vitae*, 11.
- 117 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 51, 4.
- 109 Pablo VI, enc. *Humanae vitae*, 12; cf Pío XI, enc. *Casti connubii*.
- 116 JUAN PABLO II, exh. ap. *Familiares consortio*, 32.
- 119 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 50, 2.
- 122 Congregación parola Doctrin da la fe, instr. *Donum vitae*, II, 5.
- 128 Cf *Mt* 5, 31-32; 19, 3-9; *Mc* 10, 9; *Lc* 16, 18; 1 *Co* 7, 10-11.
- 129 Cf *Mt* 19, 7-9.
- 130 CDC, 1141.
- 242 Cf *Gn* 3, 11.
- 243 Cf Concilio de Trento: DS, 1515.
- 244 Juan Pablo II, enc. *Dominum et Vivificanatem*, SS
- 246 Cf 1 *Tm* 4, 3-9; 2 *Tm* 2, 22.
- 247 Cf 1 *Ts* 4, 7; *Col* 3, 5; *Ef* 4, 19.
- 248 Cf *Tt* 1, 15; 1 *Tm* 1:3-4; 2 *Tm* 2, 23-26.
- 249 SAN AGUSTÍN, *De fide et símbolo* 10, 25; PL 40, 196.
- 250 Cf 1 *Co* 13, 12; 1 *Jn* 3, 2.